

## III

**Plessis y Compañía. Capital, treinta millones.**

Fortunato Venotte no era hombre que olvidara el precepto de la sabiduría de las naciones.

«Es preciso batir el hierro cuando está caliente».

La fisonomía de las dos hermanas trastornaba su cerebro, que era sólido, como puede trastornar una fisonomía de mujer el cerebro de un policía.

Pensaba acapararlas, regocijándose de antemano con las historias de que no dejarían ellas de ser la causa.

Era un espectáculo que no dejaba de agrardarle y que se proponía procurarse con pocos gastos.

—Y ¿quién sabe?

Tal vez más tarde pudiera recoger de él algún provecho.

El beneficio que se hace nunca se pierde.

A decir verdad, su partida era buena.

Los empleos son escasos en todos los tiempos.

Los pretendientes necesitados se los disputan con aspereza.

Para obtener uno de los más mezquinos es preciso gastarse el sueldo de un trimestre en calzado. Puede uno considerarse favorecido por la fortuna cuando lo consigue, despues de dos semanas de marchas y contramarchas, de esfuerzos, de humillaciones, de genuflexiones y á veces de ruegos.

Pero en el mes de abril no se encuentra una.

Colette y Juana, cuyos recursos eran cortos, comprendían que no les quedaba tiempo que perder.

Ya no estaban en la época en que desde su hermosa habitación de Montiers, tapizada de azul, podían admirar la hermosa perspectiva de las praderas, salpicadas de canastillos llenos de verbenas, rosales enanos, geránios y hortensias.

En el fondo del parque había un estrecho y sombrío vallecito con sauces inclinados hacia la verde agua, y un estanque donde dos cisnes se paseaban con majestad.

¿Pero dónde estaban aquellos esplendores?

Despues de haber dormido mal, estaban en pie muy temprano.

El abuelo Gombault lo había anunciado al alquilarlas la casa, ¡exposición en pleno mediodía!

Y por suerte el tiempo estaba hermoso.

—¿Se puede abrir?—preguntó Colette.

—¿Por qué no?

Juana acababa de recojerse sus hermosos cabellos rubios sobre la cabeza cuando Colette abrió.

Menos adelantada que la mayor, que ya tenía abrochado el vestido y no tenía más que ponerse el sombrero para salir, Juana estaba envuelta en un peinador azul, muy fino, sujeto al cuello por una cinta más oscura.

Apenas hubo mirado al exterior, cuando se retiró lanzando un grito.

—¿Qué es eso?—dijo Colette.

—¿No ves?

—Sí.

—¡Esto es una persecucion!

—¡Bah! No debe asustarte. Anoche me decías que te parecía bien.

—No le encuentro mal—contestó Juana poniéndose colorada.—¡Es indudable que no es feo!... ¡pero están extraña esta nueva aparición!

—¡La fatalidad! Qué, ¿está prohibido á ese joven vivir enfrente de nosotras?

Colette estaba de codos en el balaustre del balcón y aspiraba con delicia el aire fresco de la mañana.

Con la cabeza inclinada hacia el jardín, parecía considerar atentamente las lilas que se entreabrían, y los tilos cuyos botones estallaban en aquella tibia mañana de primavera; pero no eran ni las flores de las lilas, ni los botones de los tilos lo que la preocupaban, ni siquiera los gorriones que se perseguían en las ramas.

Lo que la preocupaba era la presencia de uno de sus vecinos del restaurant Follet, el joven moreno del biombo del abuelo Gombault.

Acababa de verle sentado cerca de la ventana, examinando, en apariencia, algunos papeles, sobre los cuales estaba inclinado con una pluma en la mano.

Pero tenía tanto miedo de alejar á sus vecinas, que no se atrevía á hacer el menor movimiento.

Sin embargo, su inesperada presencia paralizaba á Juana.

Impacienté, y tal vez en el fondo más confusa que ella quería aparecer, por aquella casualidad, fué al balcón, atrajo á Colette, que sonreía, y cerró las ventanas.

—¡Eres mala!—dijo la mayor.—¡Vas á disgustar á ese joven! ¿Qué mal hay en respirar el saludable aire de la mañana?

Juana iba á contestar, pero dieron un golpecito á la puerta.

Era el portero, que daba un simple aviso.

Cuando Colette abrió Gombault bajaba ya, la

escalera, pero antes había echado una carta por debajo de la puerta.

Colette rompió el sobre, mientras Juana se ponía el vestido.

—¿De dónde es?—preguntó la rubia.

—Firma Venotte.

—¡Ah! ¿Qué dirá ese?

—Vas á saberlo.

—Sé formal, te lo ruego.

—¡Qué nerviosa estás esta mañana!

—Es verdad—dijo Juana;—pero, mi pobre Colette, es á causa de lo que nos espera. Ya ves, los deberes van á empezar, y tiemblo, te lo confieso, sin más que pensar en ello.

—Puede ser que seamos mejor acogidas que tú crees. Ese señor Venotte es un hallazgo. Escucha.

—Lee.

Colette leyó:

«Mis queridas vecinas:

»Creo haber allanado el camino. He hablado de vosotras. No me atrevo todavía á ofrecer os una seguridad; pero puedo daros una esperanza. Venid cuando queráis. Preguntad por mí en los almacenes; yo os guiaré. Espero que más adelante reconoceréis el servicio que tengo el vivo deseo de prestaros. Hasta muy pronto.

»Creedme vuestro sincero amigo

»FORTUNATO VENOTTE.»

«P. D.—La hora más apropiada es de nueve á diez de la mañana.»

Aquel era un cáliz que apurar.

Era preciso convertirse en solicitante; llamar á las puertas para ser enviadas, como Cristo, de Caifás á Pilatos, y recibir, después de un examen insolente, esta contestación final que tantas pobres jóvenes han oído resonar en sus oídos como el toque de agonía.

—Gracias, no necesitamos á nadie ahora; volved por aquí.

Juana no tenía esta esperiencia, pero adivinaba aquellas amarguras con su buena inteligencia y experimentaba contracciones en el pecho y opresion en el corazon.

Dió un último repaso á su tocado, arregló los pliegues de su vestido, cuya fina tela modulaba sus soberbias y jóvenes formas, haciendo resaltar, por el contraste, la admirable blancura de su cuello y de sus manos, arregló sobre su frente los mechones rizados de sus hermosos, cabellos, se puso el sombrero y dijo:

—Estoy dispuesta.

Colette, que miraba hacia afuera por los cristales, se volvió:

—¿Entonces estás decidida?—dijo.—¿Vamos allá?

—Puesto que es preciso. Probemos.

—¿No das los buenos días al vecino?—dijo á Juana con malicia.

—¿Sigue ahí?

—Sigue, mira.

Colette abrió las vidrieras.

En efecto, el interno seguía en su puesto, pero en pié, con el sombrero puesto y en disposicion de salir.

Al ver á sus vecinas se inclinó saludándolas amistosamente, Colette no vaciló en contestar á aquel saludo, pero Juana, más preocupada, se dirigió hácia la escalera.

En el portal, el abuelo Gombault, apoyado sobre una escoba las detuvo.

—¿Dónde se va tan de mañana?—las preguntó.

—¡Ay!—dijo suspirando la morena—á buscar una colocacion.

—¿A dónde?

—A casa del señor Venotte.

—Una casa rica, como no hay doce en París.

¿Os han citado?

—Sí.

—¿Ya?

—Sí, pero el no es el amo

—Tened mucho ánimo. No os rechazarán.

Juana hizo un gesto de resignacion.

—Hasta luego—le dijo.

El portero quedó en el dintel de la puerta hasta que las dos jóvenes desaparecieron por la esquina de la calle de Sena.

—Serian muy tontos en dejarlas escapar,—murmuró.—¡Pero no hay cuidado! ¡Más, despues de todo, hay tantas!

Era una bonita pareja y hubiera costado trabajo encontrar otra igual aun en aquel Paris en donde todo abunda; de estatura casi igual, Juana era un poco más alta que su hermana, pero con una diferencia casi imperceptible; cuidadas hasta los extremos de las uñas como duquesas.

Iban la una al lado de la otra, Juana con el brazo apoyado en el de Colette y casi temblando.

—Tienes miedo?—dijo la mayor.

—Estamos tan poco acostumbradas á esto....

Mira, yo quisiera estar todavía en Barfleur, en nuestra pobre casa, con tu padre, tan bueno, y nuestra madre, que nos amaba tanto. He pensado siempre en esto. ¡Qué importa no tener dinero, si se es libre! Pero ahí, en esas tiendas, en donde estaremos bajo la dependencia de tantos amos, ¿quién sabe lo que será de nosotras?

—No te inquietes. Todo irá bien.

—Dios lo quiera.

Siguieron el mismo camino que la víspera, cuando fueron al restaurant Follet.

Al llegar al boulevard San German, pasó á su lado un joven que iba muy de prisa.

Cuando las hubo rebasado se volvió y llevó la mano al sombrero.

—Tu enamorado,—dijo Colette.

—¡Me aburres! ¡Por qué no el tuyo?

—Nó, eres tú quien le gusta.

—¿En qué lo conoces?

—¿Qué, no se adivina eso? Ayer te devoraba con los ojos.

El interno apresuraba el paso como un solda-

do que se ha retrasado y teme que le arresten. Subía hacia el Odeon. Dos ó tres veces se volvió con rapidez, temiendo que lo notaran las jóvenes.

Estas seguían el boulevard, dirigiéndose hacia Cluny, pero muy despacio, se detenían á las puertas de los comercios, mirando los objetos que había en los escaparates, y volvían á emprender su marcha con el mismo paso que si hubieran ido al Calvario.

Cuando hubieron pasado la calle de la Antigua Comedia, notaron á alguna distancia una gran agitación, que contrastaba con la calma relativa de aquellas pacíficas regiones.

Numerosos coches estaban parados en el cruce de los boulevares de San Miguel y San Germain. Una abigarrada multitud entraba en un establecimiento, que no distinguían ellas todavía, y salía de él oprimiéndose; ómnibus pequeños marchaban en todas direcciones, coronados por anchos carteles, en los cuales se leía en letras de un pie de grandes: *Saldos, fin de estación.*

Muy pronto pudieron ver, no solo á la multitud que se precipitaba en los ómnibus y los coches que estaban parados á lo largo de las aceras, sino el mismo edificio, en donde tantos fieles del dios Trapo iban á satisfacer sus devociones.

Era un gran edificio cuadrado, cercado por cuatro calles y construido con un lujo extremo.

Sobre cada fachada una ancha escalera de mármoles de distintos colores daba acceso al templo.

Pero las principales eran las que daban á los dos boulevares.

Escultores de talento habían tallado allí sus cariátides y en el fronton, Mercurio, el dios del Comercio, que es también algo el dios de los ladrones, parecía indicar la entrada á los clientes, mientras que cerca del tejado, por debajo

de las cornisas, se leía en grandes caracteres á los cuatro costados del edificio:

### PLESSIS Y C.<sup>o</sup>, NOVEDADES

Juana y Colette, bastante conmovidas, dieron vuelta á aquel palacio de las telas de Ruen de las indianas, de las sederías, de confecciones de modas, sin contar los otros mil objetos que se venden en el interior de aquel Lieviathan, desde los zapatos y las botas hasta los artículos de cocina y de cuadra.

Al jefe de aquel enorme bazar era á quien ellas iban á pedir el pan de cada día.

—¿Entramos?—dijo Juana.

—Como quieras.

Se mezclaron con la multitud.

En una esquina del boulevard de San Miguel, la esfera de un reloj neumático marcaba las nueve menos cinco.

En el momento en que entraban en el interior del edificio se detuvo un cupé, á pocos pasos de la escalera principal.

Un hombre de pequeña estatura, afeitado, á quien se hubiera tomado más bien por un juez ó un magistrado que por un almacenista de novedades, se bajó de él con prontitud.

El caballo, castaño oscuro, muy vigoroso y muy arrogante, tiró del cupé en seguida y marchó piafando hacia la calle Hautefeuille, en donde se perdió bajo la bovedad de un antiguo hotel, cuyo aspecto no carecía de seriedad.

El dueño de aquel carruaje, oprimido en su levita, se dirigió al almacén y entró en él con paso precipitado.

Al verle los empleados, que vestían, como hemos visto á Venotte, levita negra y corbata blanca, y que vigilaban la entrada de aquel templo de la frivolidad, se inclinaron todos á la vez.

—¿No ocurre nada de nuevo?—preguntó sonriendo.

—Nada, señor Plessis.

—¿Marcha bien todo?

—Todo.

Entró.

A treinta metros de la entrada, cercada de mostradores, en donde los empleados de ambos sexos vendían objetos menudos y sombreros de campo, sombreros de bolsillo, etcétera, una escalera en espiral, de dorada barandilla y de una ligereza increíble, se lanzaba en el vacío hacia los pisos superiores.

Aquel á quien los inspectores habían llamado señor Plessis, haciendo tantas genuflexiones, se puso de codos en el balaustre y dirigió una mirada satisfecha alrededor y debajo de él.

Por todas partes aflúa la multitud.

Aquel hombre podría tener unos cincuenta años.

Su cara, de nariz recta, labios delgados, frente estrecha, sobre la cual peinaba cabellos grises; de ojos claros de un matiz indefinido, color de acero, respiraba una alegría inaudita.

Su pecho se henchía con orgullo por el aire saturado de los microbios y bacillus, absorvidos de la mañana á la noche por sus empleados, y todo su ser parecía estar conmovido por un movimiento de alegría, la alegría del triunfo.

—¡Todo eso que veo es mío!

Por casualidad en aquel momento hubo un respiro en la afluencia de la multitud.

La primera vuelta de la escalera se encontraba libre.

Colette y Juana llegaron solas al descanso donde se había colocado el señor Plessis.

Dirigió hacia ellas su mirada penetrante como un dardo.

En aquel mismo instante ellas se dirigieron á él preguntándole:

—¿Sois de la casa, caballero?

El se inclinó, con su perpétua sonrisa de hombre feliz.

—¿Tendría usted la bondad de decirnos dónde podríamos ver al señor Venotte?—dijo la mayor.

#### IV

##### El despacho del señor Plessis.

El señor Plessis no era hijo de sus obras.

Aprovechaba las de otro, pero aquel otro era su padre.

El buen hombre, un trabajador infatigable, seducido por la fortuna de las grandes casas, á cuya cabeza brillaban el *Louvre* y el *Bon Marché*, después de haber rodado mucho sin conseguir nada, fundó á última hora un establecimiento de la misma clase en la plaza Cluny.

Aquella casa prosperó de una manera tan extraordinaria como inesperada, y su autor, después de haber llevado sobre sus hombros de robusto aubernés, la pesada carga de aquella importante organización, se acostó en la tumba, agobiado por su increíble triunfo hecho de la ruina de otras muchas casas, y dejó el Tisserand en todo su apogeo.

Pudo decir al espirar á su heredero.

—No tienes necesidad de molestarte. Esto marchará veinte años por sí solo. Después ya se verá lo que posee...

El hijo era licenciado en derecho.

En nuestros días ya no hay profesiones no-

bles ni plebeyas; no hay más que las que producen y las que no producen.

El dinero es el Dios.

Tenemos prisa por gozar y para gozar lo necesitamos.

Nosotros conocemos doctores en derecho que se plantan el traje de *maitre d' hotel* y llevan la servilleta, no la del abogado, la que se pone sobre el brazo y nodebajo, en el restaurant paterno.

Médicos que abandonan el Codex por el gabinete de los agentes de cambio.

Otros, y no son estos los mejores, se hacen diputados.

No les confieis vuestra cabeza si la apreciáis.

Plessis, á la muerte imprevista de su padre, se habia apresurado á empuñar el cetro del Tisserand, arrojando lejos de sí la toga y el birrete.

Sin embargo, el abogado hubiera podido vivir tranquilo.

El difunto le dejaba un número respetable de millones reunidos en pocos años.

Hoy, ó se arruina uno en nada de tiempo ó se hace una fortuna colosal.

Es verdad que estas son muy raras y que el número de los indigentes es incalculable.

Se hablaba de unos cuarenta millones.

Esto era poco en comparacion de ciertas fortunas.

Pero es enorme en comparacion de la vuestra y de la mia.

Sumándolo todo, el señor Plessis podia frotarse las manos y darse buena vida.

El padre habia pensado bien al decir: «Esto marchará veinte años.»

El coloso reclamo llamaba á la clientela.

El navio del Tisserand marchaba viento en popa y navegaba con todas las velas desplegadas.

Plessis se cernia en las regiones elevadas de un paraíso en donde las hijas de Eva se disputaban la entrada.

El patron del Tisserand era muy callado.

Aunque abogado por su aspecto y por su carrera, el jefe superior de aquella mina, más rica que las de la California, no era prolijo en frases.

Los reyes ilustrados no han prodigado jamás las palabras.

Habiendo llegado á ser uno de los reyes del comercio parisiense, Plessis les tomó por modelo.

En cambio era muy curioso observar el juego de su fisonomía.

Si hablaba poco, todas sus pasiones, sus impresiones, sus contrariedades, ó sus deseos, se manifestaban en ella por imperceptibles estremecimientos, por un pliegue en los labios ó por un movimiento de sus párpados.

Por lo demás, indulgente para con los demás como para consigo mismo, era demasiado espiritual para no ser sencillo, demasiado escéptico para creer en las grandes virtudes y en el desinterés extraordinario, demasiado egoísta en fin, y demasiado amigo de su propio bienestar, para imponerse la menor molestia ó abstenirse de cualquier placer. Ultimo detalle; no era casado y cuando se le hablaba del porvenir y de su fortuna, acostumbraba á volver la espalda y encogerse de hombros para evitar contestar lo que pensaba.

—¡Después de mí el diluvio!

Al ver á las dos jóvenes vestidas de negro que se aproximaban á él, se hubiera podido distinguir en su cara un reflejo de satisfacción que decia muy claro:

—Ellas son.

Y con una mueca de una ideal ligereza añadir:

—¡Diablo! ¡No me han engañado! Son dos perlas.

A la pregunta de las jóvenes se sonrió.

—¿El señor Venotte?—dijo.

—Sí, señor.

—¿Deseáis hablarle?

—Si es posible.

—No hay nada más fácil.

Plessis se volvió hacia un mocetón vestido con librea, que estaba de pie á alguna distancia, en el mismo descanso, como centinela en su puesto, y le llamó con un signo acompañado de este nombre:

—Bautista.

El mozo se acercó con prontitud.

—Buscad á Venotte y presentadle á estas señoritas.

Después saludó á Colette y á Juana con un cortés movimiento, y se alejó.

El mozo de la librea se dirigió á las dos jóvenes y las dijo:

—Si quieren seguirme...

Y ya en marcha, añadió:

—¿No conocéis á la persona á quien acabais de hablar?

—No.

—Es el patron.

—¿El señor Plessis?

—El mismo.

—Parece amable—dijo Colette, dispuesta á verlo todo bajo buen aspecto.

El mozo no carecia de filosofía.

—Sí...—respondió sin comprometerse—cuando se le agrada.

—En fin—respondió Colette dirigiéndose á su hermana en voz baja,—no parece malo.

El mozo lo oyó.

—El señor Plessis es muy bueno y muy bondadoso—afirmó—con todo el mundo... sobre todo con las señoras... cuando son jóvenes.

Se expresaba familiarmente, sin insolencia, pero como el hombre quemado que vé tantas jóvenes desfilan ante él y que al fin llega á cansarse de su destino.

Siguiendo las interminables galerías, colocadas las unas sobre las otras, como anchos balcones que van á parar á inmensas salas que no tienen encima mas que una bóveda de cristal por donde entra á raudales la luz: Bautista volvía la cabeza á derecha é izquierda procurando

descubrir entre la muchedumbre la muy conocida cabeza de Venote.

Cuando llegaron á un salon de lectura, cuyo techo estaba decorado de pinturas de los mejores artistas, se detuvo.

Un inspector vigilaba alrededor del tapiz verde, rodeado de clientes que leían los periódicos ó escribían cartas en papel de la casa.

—¿Habeis visto al señor Venotte?—le preguntó el mozo.

—No. ¿Qué le quereis?

El inspector miró de arriba abajo á Juana y Colette.

—¿Tienen que hablarle?—preguntó al mozo.

—Sí.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—¿Quieren colocacion?

—Puede ser.

—¿Diablo!—pensó el inspector, que era un viejo de barba blanca.—¡Es lástima!

En aquel momento entraba Venotte por el otro extremo del salon de lectura.

Al ver á las jóvenes, se dirigió hacia ellas alargándolas la mano:

—Enhorabuena—las dijo.—Creia que no íbais á venir, que dudaríais. Pero ya estais aquí. Perfectamente.

Y sin esperar contestacion, añadió:

—¿Qué os parece el local? Es muy elegante, muy grande, y parece un palacio, ¿no es verdad? Es la última palabra del arte, el *non plus ultra* de los almacenes. Llegamos tarde; pero nos aprovechamos de la experiencia de los demás. ¡Estábamos de los últimos y nos hemos colocado de los primeros!

Pasó á otro asunto.

—He visto al patron. Parece que os habeis dirigido á él. ¡Le habeis tomado por un agente de noticias, lo cual no ha debido halagarle! Pero... siempre tan galante con las señoras! Esa es la costumbre del establecimiento. El da el ejemplo.

Y de pronto cogió por la manga del *chaquet* á un joven alto que pasaba por detrás de él:

—Servoz,—le dijo.

—Dejadme. ¿Teneis ojos en la espalda?

—Me envanezco de ello.

Servoz era seco y moreno como un negrito, con ojos vivos, cabellos muy abundantes, rizados y brillantes como el ala de un cuervo.

—¿Dónde vais?—preguntó Venotte.—¿Teneis prisa?

—Sí.

—¡Siempre lo mismo!

—Siempre.

—Esperaos un poco,—repuso Venotte riendo con su sonrisa, en la cual se veía siempre algo de amenaza. Oid dos palabras.

—Decid.

—Mirad estas jóvenes.

Servoz se volvió.

Sus ojos de un brillo insoportable y más atrevidos que brillantes, se fijaron sobre el hermoso rostro de Juana y en seguida sobre el de Colette, pero para volver á mirar de nuevo al de la rubia.

Esta bajó la cabeza intimidada por aquel insolente examen.

—¿Son hermanas?—preguntó.

—Sí,—respondió Venotte.

—¿Qué quieren, colocacion?

—Voy á presentarlas al patron. Las colocareis para cubrir las plazas de Matilde y Teresa Leguyon, que están despedidas.

—No tengo en qué emplearlas—dijo Servoz.—Principia la época de la paralización. Mas bien que admitir, tendré que despedir... Además, tengo mis compromisos para cuando haya vacantes...

Y mirando de nuevo, de arriba á bajo á las dos hermanas, añadió:

—¿De dónde salen estas?

Venotte le dió la contestacion al oído.

Los ojos de Servoz se animaron y miró de nuevo á la desconcertada Juana.

—¡Ah! ¡diablo! ¡novicias!—dijo.—No es bueno andar enseñando. Gracias.

E hizo una mueca del más espresivo desden. Una persona á quien sirven en un restaurant de tercer orden rodaballo corrompido, cierra los labios poco más ó poco menos, como los cerró Servoz.

Pero la nueva mirada con que envolvió á la rubia de arriba á bajo le decidió:

—Decid al patron, de todos modos, que me envíe á esta, si quiere.—Estará tres meses sin sueldo; no se la dará más que la comida. Es un ensayo—dijo, y continuó su camino.

Pero al dar vuelta á una larga galería que conducía al departamento de los objetos de arte, se detuvo, y apoyándose en una columnita, dirigió de nuevo sus inflamados ojos hácia la rubia.

—¡Diavolo!—pensaba para sí—¡es bocado de rey! ¡Y viene de un castillo!

Las dos hermanas estaban turbadas.

El ruido, la multitud, aquel examen á que estaban sometidas, como esclavas en mercado, las aturdió.

Hubieran querido estar lejos de allí.

Colette, no más atrevida, pero menos impresionable, menos delicada de epidermis que su hermana, tanto en lo moral como en lo físico, si así se puede decir, cogió el brazo de la rubia para llamarla la atencion.

Venotte notó su turbacion.

—No estais acostumbradas á esos modales, les dijo.

—Os lo confieso—replicó Juana serenándose.

—No le deis importancia. Hay libertades que no significan nada. En los negocios es uno un poco bohemio y no se pierde el tiempo en hablar. Servoz es una autoridad. Si le he detenido, ha sido porque si el patron os admite estaréis á sus órdenes. Es muy activo, muy dispuesto. Tiene un gusto exquisito, una imaginacion diabólica. Es el jefe del departamento de trajes y de abrigos. Se le considera mucho en



la casa y se le toleran sus modales, á veces es céntricos. No sería fácil de reemplazar. Es un Saboyano de las inmediaciones del Mont-Blanc de la parte de Chamounix.

Venotte preguntó á un empleado que pasaba.

—¿Está el señor Plessis en su despacho?

—Sí, señor Venotte.

—Vamos allá—dijo á las jóvenes.

Llegaba el momento decisivo.

El inspector se dirigió por una larga galería, á cuyos dos lados habia broncees japoneses representando dragones y caprichosas figuras, efectos de china y mamparas bordadas de oro y seda, y subiendo por una escalera, suspendida como la otra, llegó al piso superior.

Dirigió á sus protegidas á través del dédalo del departamento de muebles, en donde su pobre bolsa se habia aligerado la vispera en las dos terceras partes de su contenido, y muy pronto del otro lado de las pilas de alfombras y de un monton de paños de todos los paises, tendidos en el suelo, se detuvo ante una puerta alta, á la cual llamó de cierto modo.

—Entrad, señoritas,—dijo dirigiéndose á Juana y Colette.

Entraron y se encontraron en una habitacion de elevado techo con una inmensa ventana que daba hácia la plaza Cluny y á las Termas de Julien, la más antigua de las reliquias del viejo Paris.

Aquella habitacion era el despacho del patrón.

Sobre la chimenea ocupaba el puesto de honor un busto de bronce.

La cabeza parecia más inteligente, más potente y más ruda, que la del patrón del Tisserand, pero habia cierto parecido entre las dos.

Aquel busto era el de Plessis, padre, fundador de la casa y de la dinastía de aquellos vendedores de telas.

El exabogado escribía.

Sin abandonar la pluma levantó la cabeza y miró con frialdad á las recién llegadas.

—¿Qué queréis?—preguntó

Parecia menos atento que en el almacén. Ya no era con clientes con quienes tenia que tratar, sino con simples pretendientes.

La cuestion variaba.

Venotte fué quien contestó.

—Las señoritas de quien os he hablado...—le dijo.

—Bien...

—Estas señoritas desean colocarse aqui.

—Imposible por ahora.

—¡Ah!—dijo Venotte.

—Y además—repuso el patrón—¿qué saben? Venotte no se anduvo con rodeos.

—Nada—se apresuró á contestar.

El señor Plessis volvió á ocuparse de su escrito.

Venotte miró á sus protegidas con aire de compasion.

No estaban tan abatidas como podria creerse. Aquella negativa no las sobrecogió.

Y aun sentian cierto consuelo y la creian una salvacion.

En cualquiera otra parte no podian tratarlas peor que las estaban tratando allí desde hacia media hora, examinándolas como á animales curiosos ú objetos en venta.

Tenian deseos de salir y respirar fuera el aire de la libertad, que es el más saludable de todos.

Juana dió un paso hacia la puerta.

Venotte la detuvo.

—Esperad—la dijo en voz baja.

—¿Para qué?

—Vais á ver. Ese es el primer impulso. El segundo será mejor.

En efecto, el señor Plessis levantó la cabeza.

—Pues bien, entonces...—dijo, volviendo á tomar la conversacion en el punto en que la habia dejado.

—Estas señoritas pueden aprender—respondió Venotte.

—No podemos perder tiempo en dar lecciones. Que entren ahora en otra parte y pueden volver por aquí en la próxima estacion.

—Están animadas de los mejores deseos.

El patron se irguió y dijo:

—Los buenos deseos no bastan. Son como las buenas intenciones; el infierno está empedrado de ellas.

La pluma rechinó de nuevo sobre el papel; pero con disimulo estudiaba el efecto que su negativa producía á las dos jóvenes.

—Vámonos—dijo Colette,—puesto que no nos admiten.

Y tiró á Juana del vestido.

Esto no tenia cuenta á Venotte.

—Señor—repuso, insistiendo con más energia,—he hablado á Servoz.

—¿Y qué?

—Necesita personal.

—No es difícil ni raro encontrarlo.

—Estas señoritas saben el inglés... Eso es precioso. No tenemos bastantes intérpretes.

—¡Ah!

—Servoz consiente en encargarse de la enseñanza de esta señorita...

—¿Con qué condiciones?

—Que esté tres meses sin sueldo... Tres meses pasan pronto...

—¿Y la otra?—preguntó el patron.

—La otra puede ir á la seccion de modas.

—No, hay demasiada gente.

—¿En la de ropa blanca!

—Imposible.

—¿A la de trajes?

—No—dijo el patron terminantemente.—Es inútil insistir: antes del otoño no se puede hacer nada. ¿Lo comprendeis?

—Es que estas señoritas dicen que no quieren separarse.

—Que vayan á otra parte.

No quedaba más que conformarse.

Colette hizo un gesto de decision, mientras que el policia, sorprendido de aquella negativa,

respiraba muy fuertemente, como hombre que se vé contrariado.

—¿De modo—repuso—que se puede admitir á una?

—Esa es cuestion de Servoz. Arregláos con él.

—¿Consentís?—preguntó Venotte á la rubia.

Esta respondió sin vacilar.

—No, señor.

El patron volvió á coger la pluma y pareció que se suavizaba.

Hubiera podido creerse que la voz de la joven le producía cierta impresion.

—¿No quereis separaros?—preguntó con interés.

—Si es posible, no señor.

—Será difícil que encontreis colocacion. La estacion es deplorable. ¿Sois hermanas?

—Sí, señor.

—¿Qué edad teneis?

—Yo tengo diez y ocho años—dijo Juana,—y mi hermana veinte.

—¿Os llamis?

—Juana y Colette Aubin.

—¿Habeis nacido?...

La joven vaciló.

Aquellas preguntas les parecian inútiles, puesto que no se las admitia.

Pero Colette se apresuró á contestar:

—En Barfleur.

—¿Cerca de Cherbourg?

—Sí, señor.

—¿En qué se ocupaban vuestros padres?

—Mi padre era pescador.

—¿Vive aun?

—Ha muerto.

—¡Ah! ¿Cómo?

—Ahogado.

—Ese es con frecuencia el fin de esas pobres gentes. ¿Y vuestra madre?

—Perdimos á nuestra madre poco tiempo despues—dijo Colette.

—Perdonadme que renueve recuerdos tan tristes. Pero permitidme una pregunta.

- Hacedla, señor.  
 —Pareceis más instruidas que lo son de ordinario las hijas de los pescadores.  
 —En efecto.  
 —¿Por qué?  
 —Fuimos recogidas por una señora.  
 —¿Muy rica?  
 —Sí, muy rica.  
 —¿Hace mucho tiempo?  
 —Trece años.  
 —¿Es ella quien os ha educado?  
 —Sí, señor.  
 —¿Cómo es que os deja en el caso de solicitar una colocacion?  
 —Nada nos debía, señor—dijo Juana.—Ha muerto repentinamente.  
 Plessis miró á Venotte.  
 ¿Es que le ocurría algun buen pensamiento?  
 —¿Decís que esta joven puede entrar en las confecciones?  
 —Sí, señor.  
 —No es la época; pero no me opongo á ello. Eso es cuestion de Servoz. En cuanto á la otra podría colocársela en la seccion de modas, ó en la de trajes más tarde. Pero necesita un aprendizaje... de algunos meses... por lo menos.  
 Quedó un momento indeciso.  
 —¿Teneis necesidad de ganar dinero?—dijo.  
 —Ciertamente, señor.  
 —Yo puedo daros una recomendacion...  
 —Será buena—afirmó Venotte con tono adulator.  
 —¿Para quién?  
 —Para las señoras Dufrane, por ejemplo—añadió el inspector.  
 —Trabajan para nosotros. Así estareis colocadas las dos, la una aquí y la otra en la Magdalena. No os perdereis por algunos meses de separacion, y además os volvereis á encontrar todas las noches.  
 El Sr. Plessis escribió dos líneas sobre una hoja de papel de la cual hizo cuatro dobles y se la dió á Colette sonriendo.

—Y ahora—la dijo—id y obrad segun convenga á vuestros intereses. Si quereis buscar en otra parte, hacedlo.

Aquello era una despedida definitiva.

En el momento en que Venotte y sus dos protegidas salian del despacho, se vieron obligadas á replegarse dos pasos atrás para dejar pasar á una mujer joven, de unos treinta años de edad, sin nada á la cabeza, resplandeciente de salud, con solitarios de diez mil francos en las orejas y oprimida en un corpiño de satin negro, pegado á su pecho, de una opulencia tal vez excesiva.

Miró de arriba á abajo á las dos jóvenes con visible desconfianza.

Y después, cuando la puerta se cerró detrás de ellas:

—¿Son reclutas de vuestra señoría?—preguntó al patron con tono medio en sério y medio en broma.

El se contentó con sonreír.

—¡Me vais á dar una escena!—la dijo.—¡Vamos, no os incomodeis!

Y su pluma volvió á emprender su carrera sobre el papel.

Mirándola de cerca desaparecía pronto la favorable impresion que á primera vista producía la recién llegada.

No carecía de belleza, pero aquella belleza era más ficticia que real.

Las negras cejas eran más anchas, gracias al lapiz. El polvo y el aceite prestaban al color una frescura hacia algun tiempo alterada; los dientes no eran todos un don de la naturaleza, y los cabellos estaban, con seguridad, teñidos de rubio veneciano, gracias á los progresos de la química moderna.

Era, despues del patron, la principal autoridad de la casa, la Pompadour de aquel Luis XV de percalina.

La directora de la seccion de modas por distraccion, porque tenia más rentas que necesitaba para descansar, la señorita Amada (este

nombre podría parecer una profecía de la suerte) disponia casi de todos los empleos.

Dominando al amo dominaba todo lo demás.

Debía estar dotada de un talento superior porque nada había podido quebrantar su influencia.

Sus mismas faltas la favorecían.

El patron no podía deshacerse de ella.

No era ni su mujer, ni su querida, propiamente hablando.

Era lo que hay de más fuerte en el mundo, su costumbre, su inclinación.

—¿Quiénes son esas dos muchachas?— preguntó.

—Dos jóvenes que quieren colocacion.

—¿Las habeis tomado?

—Una de ellas al ménos.

—Entonces será la rubia.

—Bien puede ser.

—¡Oh! estoy segura de ello. Es encantadora, absolutamente encantadora.

El patron no cayó en el lazo.

—¡Y bien formada!— prosiguió Amada.— ¡Y de cabellos de un tono... y ojos!... pero yo creo que...

—¿Qué?

—Que no se hará vieja en la casa.

—¿Y por qué?

—No es ese el tipo que hace falta.

—¿Lo habeis conocido ya?

—Al primer golpe de vista.

—Puede ser que os engañeis, —aventuró el patron que seguía escribiendo.

—Son señoritas que han tenido desgracias, ¿eh?

—Así parece.

—Lo hubiera jurado. No hay necesidad de ser un fénix de inteligencia para conocerlo. Los vestidos son de una buena modista. Están muy bien hechos; los sombreros son de la calle de la Paz, Virot ó Tuvée, eso se vé; ¡y el portel!... ¡Cuán humillada parecía la rubia por el paso

que daba! ¡Cómo se hinchaba su corazon en su pecho! Pues bien; ¿quereis que os lo diga

—Decid.

—Esas muchachas no hacen nunca nada bueno. No tienen cariño al trabajo. Están pensando siempre en lo que han perdido.

—¡Toma! ¡poneos en su lugar!

—Me guardaré muy bien. Pero vereis sino tengo razon. Y además, dependientes hermosas como ellas son un peligro en una casa. Eso es tanto como encender fuego al lado de ruedos de paja ó un botafuego sobre toneles de pólvora. Todo salta en seguida.

—¡Exageracion!

—¡Vivir para ver!

—Aquí estais vos,—dijo el patron.

El argumento era directo.

Amada lo comprendió y con mimo se acercó al patron, se sentó en uno de los brazos de la butaca en que estaba sentado, se inclinó sobre el papel, como para leer lo que escribía, y poniendo la cabeza cerca de la cara de su amante, le dijo:

—Por eso he triunfado. Ya lo veis. He conquistado al jefe superior y no quiero que me lo disputen.

—¿Qué idea!

—Defiendo mi posesion. ¿Puede censurárseme por eso?

Y cambiando de tono, añadió:

—¿Dónde comeis esta tarde?

—No lo sé.

—Hace un dia soberbio. Llevadme con vos.

—Con mucho gusto.

—¿Hacia dónde?

—¿Dónde quereis ir?

—A Saint-Cloud.

El señor Plessis aspiró los buenos olores de que la señorita Amada estaba impregnada, y dijo:

—Si tú lo quieres... pero márchate ahora.

—¿A las siete entonces?

—A las siete.

—¿En vuestro cupé?

—Está dicho.

Amada se retiraba, amenazándole con un dedo.

Desde la puerta se volvió.

—He dicho que no estará mucho tiempo en la casa. Lo apuesto. Dentro de tres meses no estará ya aquí.

—¿Por qué?—dijo maquinalmente el señor Plessis.

—Por nada. Hasta las siete.

Amada salió.

—Es muy tiránica,—pensó el patron—¡pero ella ú otra!

La imagen de las dos hermanas se presentaba á su imaginación.

—Es muy hermosa la morena, pero la rubia es una verdadera obra maestra. Amada tiene, á fé mía, demasiada razón. No la he visto más que un minuto y pienso en ella. ¿Qué ocurrirá á los demás que la verán siempre?

Juana y Colette se marchaban muy tristes.

Aquella primera prueba las inquietaba.

La joven Juana, tenía en sus ojos una cosa que la deslumbraba, producida por las ardientes miradas de Servoz.

—¿Si probásemos en otra parte?—dijo Colette como respondiendo á sus pensamientos.

—Probemos.

Fueron al Bon Marché y al Louvre.

Las recibieron con más consideración, con más afabilidad.

Pero oyeron la frase sacramental:

—Es mala época. Volved por aquí. Se procurará colocaros.

—¿Esperar! ¿Y poder?

Hasta las tres estuvieron corriendo de almacén en almacén.

Sufrieron la humillación de verse examinadas de pies á cabeza por media docena de patrones zafios, admirados de recibir pretendientes de tan bonita cara y enviadas de puerta en puerta con la eterna respuesta:

—Volved por aquí; ahora no necesitamos á nadie.

¡Y qué decir cuando las preguntaban!

—¿De dónde venís?

Por fin llegaron á pensar que habia sido una buena fortuna para ellas haber encontrado á Venotte.

¡Pero separarse!

Aquello era una angustia.

Colette fué la más valiente.

—Puesto que no puede arreglarse de otro modo...—dijo.

Entraron en casa de las hermanas Defrane con el corazón palpitante.

¡Si no la admitiría!

No tuvieron esta desilusión.

El nombre del señor Plessis fué para ellas un talisman soberano.

Las patronas habian salido.

La encargada interrogó á Colette.

—Podeis volver mañana—la dijo.—Se procurará colocaros. ¡Pero sin sueldo!

¡Oh! ¡sin sueldo!

¡El alimento por salario!

¡El pan por el trabajo!

¡Y decir que tantas desgraciadas que no tienen aprendizaje que pagar, se conmueven de alegría cuando oyen esta sentencia!

—¡Podeis entrar, pero sin sueldo!

¡Qué miseria!

Cuando volvieron cansadas y febriles á la calle Visconti, las preguntó el portero:

—¿Qué hay?

—Está arreglado—dijo Colette;—entramos mañana.

—¿Juntas?

—¡Hay de mí, no!

—En fin, ¿teneis dos plazas?

—Sí—dijo Juana;—¡pero para cuánto tiempo?

Ella habia hablado poco, pero habia escuchado mucho y habia visto y entendido todo.